

no obstante sus graves y multiplicados trabajos ministeriales, consiguió preparar muy cerca de docientos niños que por primera vez se llegaron á la Sagrada Mesa.

El Sr. arcediano D. Florencio Rosas, deseando que ningún queretano dejase de saludar á la Soberana Reina en los momentos de su *solemne Coronación*, distribuyó por varios puntos de la Diócesis *setenta y dos mil* imágenes de la Santísima Virgen de Guadalupe, que llevaban impresa al calce la oración que nuestro Illmo. Prelado compuso con ese fin, la cual fué acogida con suma veneración por todas partes, y aprendida de memoria por millares de fervorosos guadalupanos para el mejor cumplimiento de la sexta disposición del *Programa*.

El „Colegio de Niñas de Nuestra Señora de Guadalupe,“ de esta Ciudad, quiso dar una prueba más de la tierna devoción con que siempre ha honrado á su Augusta Patrona desde su fundación en 1878, aceptando de grado la comisión que nuestro Illmo. Prelado le confiara para la elaboración del estandarte que había de llevar la *Iglesia de Querétaro* en su décima visita al Tepeyac. Las alumnas Celestina Maldonado, Margarita Bustos y Margarita Camacho, después de haber sido excitadas por la directora del Establecimiento la R. M. María Salvadora de los Santos, á mantener la pureza de intención para que la ofrenda fuese aceptada

por María Santísima, dieron principio á las labores del estandarte en 18 de Julio, bajo la dirección de las hábiles maestras Sra. D^a Guadalupe Maldonado y Sritas. Concepción Bustos y Julia Herrera. Más tarde se asociaron á las labores las alumnas Dolores Uribe y Guadalupe Padilla, bajo la dirección de la Sra. D^a Josefa Contreras, vicedirectora del Establecimiento. Al cabo de dos meses y medio quedó terminada la preciosa obra.

Es el estandarte de finísimo raso, y mide 1 metro 8 decímetros de longitud y 1 metro de latitud. Los colores de nuestro pabellón tirados verticalmente en ambas faces, forman su fondo, el que adornado en su parte superior por blanca gotera recamada de oro, semeja un riquísimo dosel, en cuyo centro se ostenta en su faz anterior, primorosamente bordado en miniatura con seda floja, el escudo heráldico donado á esta Ciudad por el emperador Carlos V. En el cuartel superior el sol del color de fuego va ocultándose en el horizonte entre celajes de bellissimo tornasol, despidiendo auríferos rayos y sirviendo de peana á la Santa Cruz, que también es de oro. Entre dichos celajes brillan dos estrellitas de plata: una á la derecha de la Santa Cruz, y otra á la izquierda. En el cuartel inferior de la derecha se ve una imagen del Apóstol Santiago el Mayor montado en un fogoso caballo blanco enjaezado á la

usanza del siglo XVI y en actitud de correr; empuñando el Santo con la mano derecha una espada desnuda, y asegurando con la izquierda las bridas y una enseña en la que se deja ver el Signo de nuestra Redención: y en cuartel el de la izquierda se representa un campo sembrado de trigo cargado de doradas espigas y una cepa agobiada por sazonados frutos: alusiones á la hora en que terminó el combate original que nos refiere la Historia en la conquista de esta Ciudad, á las visiones ocurridas en el aire, según constante tradición, y á la feracidad de nuestro suelo. Hállase el escudo coronado por las insignias episcopales bordadas de oro, descendiendo caprichosamente por ambos lados los cordones del sombrero pastoral; y por su parte inferior se cruzan un ramo de laurel y otro de olivo, que suben á encontrar las borlas de los cordones. En el centro de la faz posterior se halla encerrada por una corona de laureles de oro matizado esta inscripción: IGLESIA DE QUERÉTARO. El estandarte termina en tres ondas de primoroso corte esmeradamente bordadas también con hilo de oro, adornadas de rico y elegante fleco y con tres borlas que rematan sus respectivas extremidades; descendiendo verticalmente entre dos cordones sueltos de oro briscado, una faja de raso blanco ricamente bordada, terminando también su extremidad airosa borla.

Todo sorprende en esta obra artística, capaz de competir con las de su género en Europa. Los bordados de oro brillante parecen más bien pequeñas placas bruñidas de este metal precioso y sobrepuestas en el raso; y la religiosidad del rostro del Santo Apóstol, la actitud tan natural del caballo, la admirable combinación de las sedas y de las distintas clases de los ricos metales, la apacibilidad en los tornasoles de los celajes, en fin, la buena ejecución en toda la obra; revelan los grandes adelantos de las alumnas, la esmerada dedicación de sus maestras, no menos que la pericia de la Sra. D^a Guadalupe Maldonado en el arte del dibujo.

El costo de los materiales del estandarte ascendió á la cantidad de *quinientos ochenta y ocho pesos y sesenta y siete centavos*. El Colegio rehusó generosamente toda retribución por el trabajo, el que ha sido apreciado por personas muy competentes en *mil quinientos pesos*.

Deseando el Illmo. Sr. Plancarte que las solemnes funciones que debían celebrarse por todas las Diócesis de la República en la I. y N. Colegiata de Guadalupe, durante la novena que precediera á la *Coronación* y octava de ésta, revistiesen toda la majestad y esplendor que les comunica el espíritu de nuestra Madre la Santa Iglesia; de acuerdo con el Episcopado mexicano invitó al Sr. Pbro. D. José Guadalupe Velázquez, director de la „Escuela

de Música Sagrada,, de esta Ciudad, para que se encargara de la parte musical en el referido tiempo. Con anuencia del Illmo. Sr. Camacho, aceptó el R. P. Velázquez tan honrosa invitación, y después de vencer algunas dificultades, dió principio á sus ensayos con más de setenta personas, que, rehusando con cristiana generosidad y edificante patriotismo toda retribución por sus trabajos, se pusieron bajo su hábil dirección.

Hé aquí el personal de que se compuso el Orfeón tan justamente celebrado por todos los amantes de lo bello é inteligentes apreciadores del arte cristiano:

DIRECTOR: Sr. Pbro. D. José Guadalupe Velázquez.

SOPRANOS: los niños D. Eladio Beltrán, D. Bernardo Paniagua, D. Carlos Guevara, D. Cirilo Conejo, D. Encarnación Mondragón, D. Francisco Balandra, D. Gabriel Jaso, D. Francisco López, D. Ignacio Arbolella, D. Isauro Arbolella, D. Julio Barrón, D. Jesús Reynoso, D. Juan Hefferan, D. Jesús Sánchez, D. José Septién, D. Luis Caballero, D. Mariano Carmona, D. Miguel Olvera, D. Alfonso Vázquez, D. Ricardo Beltrán y D. Manuel Farfán.

ALTOS: Sr. D. Gregorio Baltierra, los ni-

ños D. Alberto Aguilar, D. José del Carmen Maya, D. Daniel Hurtado, D. Enrique Mosqueda D. Lorenzo Rodríguez, D. Enrique Guerrero, D. Miguel Trujillo y D. Federico Mosqueda.

TENORES: Sres. Pbro. D. Francisco Luna, menoristas D. Pedro de J. Vera, D. José de la Isla y D. Gregorio Vide-rique, Profsr^s. D. Agustín González, D. Andrés Aguilar y D. Silverio Martínez, ingeniero D. Edmundo de la Isla, D. Adrián Gutiérrez, D. Angel Aguilar, D. Alfonso Ramírez, D. Antonio Romero, D. Cipriano Rodríguez, D. Felipe Zavala, D. Guillermo Hefferan, D. José Pérez, D. Manuel Arteaga, D. José Frías, D. Valentín Ostendí, D. Roberto Martínez, D. Ricardo Jáuregui, D. Rafael García, D. Silvestre Obregón, D. Santiago García, D. Victor de la Isla y D. Pedro Rodríguez.

BAJOS: Sres. Profsr^s D. Leonardo Landaverde y D. Daniel Alfaro, D. Agustín Aguilar, D. Carlos Ramírez D. Eleuterio González, D. José Luna, D. José Soto, D. Jesús G. Padilla, D. Gonzalo Castillo, D. José M. Ruiz, D. Manuel Gómez, D. Ponciano G.

Padilla, D. Santiago González, D. Samuel Herrera, D. Jerónimo Salinas y D. Santiago García.

Los estrechos límites de esta Reseña nos impiden relatar circunstanciadamente la empresa laudable que el amor á la Santísima Virgen de Guadalupe, inspiró á algunos hermanos nuestros del temple cristiano de nuestros padres, de catequizar niños pobres, para que en el *gran día* recibieran por primera vez el adorable sacramento de la Eucaristía; la heroica abnegación de otros que recorrieron nuestra Ciudad, solicitando de puerta en puerta recursos para cubrir en el día de la *Coronación* la desnudez del pobre, ó llevar exquisito manjar al delincuente que lloraba sus crímenes en horrosa cárcel, y otras muchas prácticas de piedad y caridad cristianas, cuyas noticias cuadrarían en una crónica; pero no en nuestros lijeros apuntamientos. Basta lo referido hasta aquí, para formarse una idea aproximativa del espíritu con que los diocesanos de la Iglesia de Querétaro se preparaban á solemnizar el faustísimo acontecimiento de la *Coronación de Nuestra Señora de Guadalupe*, hasta espirar el mes de Septiembre de 95.

*
* *

Al declinar la tarde del 2 de Octubre, todos los romeros de la *Peregrinación de á pié* se

rodeaban en torno del altar de María Santísima de Guadalupe en el templo de la Congregación, á pedir sus auxilios soberanos para emprender al día siguiente el piadoso viaje al Santuario del Tepeyac. Se dió principio al ejercicio con el Santo Rosario, y después la palabra divina, anunciada por el Sr. arcediano D. Florencio Rosas, dispuso los corazones de los devotos romeros á sobrellevar con resignación cristiana las penalidades del camino.

Al día siguiente, al rayar el alba, se celebró por el Sr. gobernador de la Sagrada Mitra canónigo D. José Francisco Figueroa la *Misa de buen viaje*, en la que fueron fortalecidos con el Pan de los Angeles multitud de peregrinos; recibiendo todos después de la Santa Misa la bendición ritual. A las seis de la mañana más de seiscientos hermanos nuestros se despedían de sus familias y amigos fuera de la casa de Dios, llevando consigo mil bendiciones y sus encarecidos ruegos para presentarlos á la Augusta Reina en los peldaños de su trono. Hecha la señal de la Cruz, la piadosa caravana comenzó á caminar precedida por un estandarte de los colores nacionales, en cuyo centro se veía la imagen de María Santísima de Guadalupe.

Formaban parte de la romería, alumnos del „Seminario Conciliar,, del „Liceo Católico,, y no pocas personas de nuestra selecta sociedad.

Recordamos que entre éstas iban, además del Sr. Arcediano, presidente de la Peregrinación, los Sres. Pbro. D. Francisco Alday, vicedirector del „Liceo Católico,, y D. Tomás Maciel, vicario de San Pedro de la Cañada; los menoristas D. Perfecto García y D. Heliodoro Cabrera, Dr. D. Ponciano Herrera, ingeniero D. Lorenzo Corona, Licdos. D. Angel Vera, D. Juventino Guerra (hijo), D. Arturo Puente y D. Faustino Sánchez, D. Alfonso Veraza, que ha desempeñado varias veces los cargos de gobernador interino y de diputado en nuestro Estado, y D. Manuel Samaniego.

Luego que estuvieron en las afueras de la Ciudad, libres de la numerosa comitiva que los seguía, comenzaron á rézar el Santo Rosario, continuando su camino para el pueblo de Arroyoseco, á donde llegaron á las 2 de la tarde. Por la noche se reunieron en la Iglesia para asistir al piadoso ejercicio, en que se rezó la última parte del Rosario y el primer día de la novena de Nuestra Señora de Guadalupe, predicó el Sr. Presidente de la romería, y se terminó con una breve meditación.

Al día siguiente, después de asistir al Santo Sacrificio de la Misa, partieron con nuevos romeros para San Juan del Río, edificando con su conducta cristiana los poblados por donde pasaban. Allí se incorporaron varios grupos de peregrinos de esa Ciudad, de las de Cade-

reyta, San Pedro Tolimán, de las villas de Tequisquiapam, Amealco y otros puntos de la Diócesis, aun de los más remotos de nuestras serranías, como el pueblo de Arroyoseco (distrito de Jalpam) distante de San Juan más de 50 leguas, desde donde, año por año, algunos vecinos se han dirigido á pié á visitar á la Santísima Virgen de Guadalupe en su Santuario del Tepeyac. Por la noche tuvo lugar el ejercicio piadoso en la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, según se practicó la víspera en Arroyoseco.

La santa emulación que se despertó entre los hijos de la diócesis de Querétaro para ir al Tepeyac á visitar á su tierna Madre, aumentaba el número de peregrinos cada día: más que romería, semejaba una población flotante, pues al partir de San Juan del Río el número de peregrinos ya pasaba de setecientos. En buen orden y practicando la piedad cristiana, continuaron nuestros peregrinos su camino por Polotitlán, hacienda de Arroyozarco, San Francisco Tezollanomiqualpam, Tepeji del Río y Cuautitlán.

Nos es grato consignar, para gloria de Dios y honra de nuestros caritativos hermanos los católicos de esos lugares, que los devotos peregrinos fueron recibidos con cristiana caridad en todos ellos, así por los Sres. Eclesiásticos como por los fieles. No faltaron Sres. Sacer-

dotes que recibieran ritualmente á las puertas del Templo á la *devota romería*, y que para proporcionar á los huéspedes guadalupanos cómodo alojamiento, facilitaron no sólo sus casas, sino que aun salieran en persona, no obstante que llovía copiosamente, á buscarles posada entre sus fieles; quienes dieron muestras de su piedad, ora distribuyéndoles alimentos, como en la hacienda del Alamo, ora hospedándolos en sus casas, y alguna vez hasta recibirlos con música y cohetes como en Tezollanomi-quilpam. A nombre de nuestros hermanos los queretanos damos á todos las debidas gracias, y rogamos al Cielo se digne premiar con largueza las obras de caridad que ejercieron con nuestros peregrinos.

Serían las 2 de la tarde del 10 de Octubre, cuando nuestros peregrinos rebosando de indecible gozo, penetraron al Santuario nacional de Guadalupe. Embargados sus ánimos de celestial ternura al fijar sus miradas en el bendito Ayate, ardientes lágrimas surcaron sus atezadas mejillas; y su lengua que en sentidos cantos había ensalzado las glorias de la Virgen-Madre, guardaba profundo silencio: la dulzura inefable que la divina Señora vertió en sus corazones, les hizo olvidar todas los sufrimientos del penoso viaje; y en ese piélago de dulzura y amor se perdieron por un rato las almas de nuestros hermanos, y hablaron con Ella de

corazón á corazón. Allí fueron presentados los ruegos humildes de las esposas y de los hijos; allí se le pidió por la conversión del impío y la perseverancia del justo; allí se imploró su protección para la virgen desvalida y para la affigida viuda; allí se le expusieron las necesidades individuales, las comunes de la Iglesia y de nuestra cara Patria; y allí, finalmente, se oró, como oran los corazones humildes que viven de la fe. ¡Momentos tan solemnes jamás se borrarán de la memoria de nuestros romeros! ¡Más de una vez hemos visto bañarse de júbilo el rostro de algunos peregrinos al recordar su entrada en ese día á la Colegiata, y que lejos de quejarse de las penalidades del viaje, bendigan á la Providencia divina por haberles concedido sufrir algo por amor á la Santísima Virgen de Guadalupe!

Entre tanto, por toda nuestra Diócesis se esforzaba el V. Clero en solemnizar con el mayor esplendor el novenario de la Santísima Señora, dispuesto por nuestro Illmo. Prelado, conforme al *Programa* aceptado por el Episcopado nacional.

Ya los armoniosos repiques en las altas torres de nuestros templos que por la mañana y por la tarde convidaban diariamente al vecindario á rezar la novena; las vistosas colgaduras, ostentando á la Madre de México, con que se engalanaban las casas de nuestra Ciudad y

la iluminación nocturna, indicaban la proximidad de la *fiesta*.

El movimiento de extraordinario número de carruajes en frente de la Estación, y el ir y viene de inmenso gentío en la Alameda y calzada Colón en los últimos días del novenario, revelaban la multitud de peregrinos que dentro de poco se trasladaría á México por el ferrocarril Central. Bajo la fresca sombra de los árboles y en el andén de la Estación, un sin número de semblantes alegres dejaban traspasar la paz del alma, con que Dios Nuestro Señor se anticipa á premiar las obras buenas; y olvidando allí nuestros romeros las exigencias *del gran mundo*, disfrutaban de libertad perfecta, esperando la llegada del ferrocarril.

Inmenso campo se ofrecía al atento observador cristiano. El tierno amor á la Virgen de Guadalupe había congregado allí dignatarios de la Iglesia, funcionarios del Estado, acaudalados, descendientes de la antigua nobleza de esta Ciudad, titulados de todas las carreras, artesanos, obreros, etc., etc. Familias humildes que se creyera habrían acudido á la Estación sólo por dar el adiós á sus hermanos en la fe, veíanse dispuestas á emprender también el viaje. ¡Con qué sacrificios reunirían estos pobrecitos los recursos apenas suficientes para ir á visitar á la divina Madre! Estas escenas eran un testimonio de la fe de los queretanos;

de esa fe que á pocas horas de ir el tren en vertiginosa carrera, convertía en templos los wagones y los hacía resonar con armoniosos cantos, cuyos ecos llegaban á los eternos collados; de esa fe que en cada estación se presentaba distribuyendo limosnas con mano pródiga entre los menesterosos; de esa fe que diariamente conducía por el ferrocarril tantos devotos peregrinos al pié del altar de la Virgen de Guadalupe, en la Colegiata, que es imposible precisar su número, no obstante las diligentes investigaciones que hemos hecho, y sólo afirmamos que el día 11, víspera de la *gran festividad*, ya se habían hospedado más de mil queretanos en México y en el Tepeyac.

*
* *

Llegó, por fin, el venturoso día en que Nuestra Madre y Señora de Guadalupe se dignara aceptar la *aurea Corona* que sobre sus sienes benditas desearon colocar las generaciones pasadas. Día mil veces feliz en que los mexicanos de todos los puntos de la Nación, dejando á un lado sus credos políticos, se dieron cita en la casa materna para celebrar la *solemne Coronación de su Madre querida* con un mismo corazón. María Santísima de Guadalupe es ya el único punto de unión de la gran familia mexicana; vínculo sagrado, que una vez ro-

to, nuestra sociedad perecería en breve tiempo. Por todas partes se han asentado el egoísmo, la mala fe y todos los vicios; pero, gracias á Dios, en todas partes no falta algún santuario levantado á la Madre de México que preste punto de apoyo á esa sociedad que se desquicia, y sobre cuyas ruinas ya se imagina cantar himnos la Nación vecina. Razón tenía, pues, mi Patria de olvidar sus cuidados y pesares, para levantar dique al regocijo, el día en que sus hijos se rodeaban en torno de la Virgen del Tepeyac para proclamarla su Augusta Reina. Ese es el día que las generaciones venturas señalarán el primero de la era de bendiciones en que México ha entrado, y el que no fué dado ver á millones de mexicanos que apenas lo vislumbraron en lontananza al través de las densas nieblas del porvenir.

Los hijos de esta Diócesis entendieron bien cuánto significaba la *Coronación*. La vieron no sólo como una manifestación espléndida del amor filial de los mexicanos á la Santísima Virgen de Guadalupe; sino como una necesidad suma de ser gobernados espiritualmente por Ella, como Madre y como Reina, para conservar incólumes la fe de Cristo y su autonomía nacional. Patriotas y creyentes, no perdonaron sacrificio para asistir en gran número á la solemne *Coronación de su Reina*, y ofrecerle al día siguiente con sus humildes presentallas, el

justo tributo de reconocimiento del señorío y reinado sobre todo nuestro País.

Ya dimos á conocer los nombres de las honorables personas que fueron nombradas por nuestro Illmo. Prelado para representar á la Diócesis en el acto de la *Coronación*; réstanos decir que también algunos Sres. Curas y Vicarios asistieron con el carácter de representantes de sus respectivas Parroquias y Vicarías, y los de algunos miembros de la comisión del Seminario diocesano.

Hé aquí sus nombres:

Sres. Pbro. D. Juan B. Bustos, representante por la Parroquia del Sagrario de esta Ciudad; cura párroco Br. D. Braulio M. Guerra y su vicario D. José Severo Moreno, por la parroquia de San Juan del Río; cura párroco D. José M. García, por la parroquia de San Francisco de Colón; cura párroco D. Julián Muñoz, por la parroquia de Cadereyta; D. Tomás Maciel, por la parroquia de San Pedro de la Cañada; Lic. D. José M. Arias, por la vicaría de Hércules; D. Jesús Frías, por la parroquia Xichú Victoria; D. Jesús Villalobos, por la parroquia de San José Iturbide y D. Francisco Reséndiz, por la parroquia de Tequisquiapam. Entre la comisión del „Seminario Conciliar,“ se hallaban los Sres. Diácº D. Ezequiel Contreras, prefecto de estudios; Diácº D. Marciano Tinajero, catedrático de Física; Diácº D. Alberto

Luque, catedrático de Mínimos; Pbro. D. José M. Luna, menoristas D. Perfecto García, D. Heliodoro Cabrera y D. Alberto Gorráez.

Al medio día tuvo lugar en el Asilo de Guadalupe una suculenta y abundante comida, con que los Illmos. y Rmos. Sres. Obispos de Chilapa y Querétaro obsequiaron á 28 indígenas de Cuauitlán, que asistieron á la *Coronación*, representando á las razas primitivas dispersas en el territorio mexicano.

Legamos á la Historia Patria los nombres de dichos representantes:

MAURO SÁNCHEZ, por los indígenas residentes en la arquidiócesis de México; AGUSTÍN MOLINA, por los de Michoacán; ANDRÉS MARTÍNEZ, por los de Guadalajara; MUCIO RODRÍGUEZ, por los de Oaxaca; JORGE DELGADO, por los de Durango; JOSÉ RODRÍGUEZ, por los diócesis de Linares; ISIDRO PAREDES, por los de Puebla; BONIFACIO MOLINA, por los de Veracruz; AGAPITO DOLORES, por los de Chilapa; MAURICIO REYES, por los de Tulancingo; HERMENEGILDO PAREDES, por los de Cuernavaca; EZEQUIEL PAREDES, por los de Zamora; LUIS SÁNCHEZ, por los de León; PABLO RODRÍGUEZ, por los de Querétaro; ANTONIO PRESTADO, por los de Zacatecas; NARCISO PARRAS, por los de Colima; SIMÓN RODRÍGUEZ, por los de Tepic; DARÍO ARENAS, por los de Chiapas; FRANCISCO PAREDES, por los de Yucatán; VALENTÍN COLÍN, por los de Tabasco; JUAN DELA CRUZ, por los

de Tehuantepec; CATARINO URREA, por los de Campeche, EUFEMIO SÁNCHEZ, por los de Sonora; CATARINO GARAY, por los de Sinaloa; INÉS URREA, por los de Chihuahua; PABLO ESCANDÓN, por los de San Luis Potosí; ROMÁN SÁNCHEZ, por los de Tamaulipas y JOSÉ MARÍA QUINTANA, por los del Saltillo.

Cerca de la mesa se levantó un sencillo altar á la *Limpia Madre y Señora*, para que desde allí presidiera á sus hijos á quienes ama *tiernamente, como á pequeñitos y delicados*. Sirvieron la mesa los Sres. Pbro. D. Juan B. Bustos y D. José Mosqueda, mientras el Sr. menorista D. Alberto Gorráez leía en voz alta el tierno relato de las Apariciones de la Santísima Virgen y sus coloquios amorosos con Juan Diego.

Gratísima fué la impresión que causó en los ánimos de aquellos pobrecitos indios la lectura histórica; y no era menos grata la que recibía el corazón cristiano al frente de aquel cuadro conmovedor. ¡La Madre de Dios con su color moreno en medio de sus hijos! ¡El sacerdocio católico de México sirviendo la mesa á los indios sus hermanos!

¡*Miserable filantropía!* no puedes dar á tus actos la belleza con que la *caridad* reviste sus más insignificantes obras, como dar un vaso de agua al que desfallece por ardiente sed!

¡Pobre raza indígena! no tienes más amparo que en *tu Limpia Madre y Señora* y en tu hermano el sacerdote católico *de tu país!*.....

Hemos dicho que nuestro Illmo. y Rmo. Prelado expidió en 25 de Agosto un *Edicto Pastoral* reglamentando el modo de celebrarse en esta Diócesis la *solemne Coronación de Santa María de Guadalupe*, excluyendo únicamente los puntos 11º, 12º, 13º, 14º y 16º del *Programa* para el 12 de Octubre; nos resta decir que, gracias á Dios, sus acertadas disposiciones fueron observadas así por el V. Clero como por los fieles; desde nuestra Catedral hasta en la más humilde iglesia de los pueblos asentados en la Sierra Gorda.

Por todas partes se esforzaron á porfía los hijos de esta Diócesis para celebrar dignamente la *Coronación*, aprovechando cuánto les fué permitido por las autoridades civiles. Desde la víspera se ataviaron nuestras poblaciones, eligiendo para ello los colores del pabellón de Iguala; ni faltaron algunas en que los repiques y músicas acompañados de multitud de cohetes, despertaran al vecindario al asomar la aurora, ó por la noche prolongaran el regocijo en las plazas, ó en los cementerios de las iglesias. La iluminación nocturna en estos días llegó hasta los suburbios, donde aquí y acullá se veían á lo lejos, como luciérnagas en noche serena, farolillos venecianos.

Las santas prácticas de piedad y caridad fraterna, hablarán más elocuentemente del espíritu con que nuestros hermanos celebraron la *Coronación de la Santísima Virgen*. Millares de fieles se llegaron en ese día á la Sagrada Mesa, y los templos se vieron henchidos á la hora de la Misa solemne, después de la cual había de ser saludada la Augusta Reina de los mexicanos: multitud de adoradores se turnaban en los Templos donde el Divinísimo Señor Sacramentado estuvo manifiesto todo el día, en acción de gracias por el gran beneficio concedido á la Nación; y al caer la tarde, volvieron los fieles á congregarse en la casa del Señor para asistir al piadoso ejercicio dispuesto con el mismo fin.

Del informe dado á la Sagrada Mitra por el Sr. Pbro. Lic. D. Manuel Reynoso sobre lo practicado en la Parroquia del Sagrario con motivo de la *Coronación*, tomamos lo siguiente:

„Uno de los tiernos acontecimientos de ese „día, es que los presos de la cárcel tomaron participación muy notable en el regocijo general, „de la manera que les era posible, en su condición. Se dispusieron muchos, tanto hombres como mujeres, á la celebración de la „fiesta, recibiendo la Sagrada Eucaristía. El „día 12, á las cinco de la mañana, el suscrito „Párroco se trasladó á la Cárcel con el fin de „celebrar allí el Santo Sacrificio de la Misa, la

„cual la oyeron todos los presos. A esa hora
 „los halló rezando devotamente el Santo Rosa-
 „rio, ante un altar que habían dispuesto, con
 „la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe,
 „adornado lo mejor que les fué posible, según
 „su miseria. Habían lavado ya los suelos del
 „patio y corredores, y adornado éstos con ban-
 „deritas de papel de china tricolor, con cade-
 „nitas entrelazadas en los arcos y con inscrip-
 „ciones en óvalos formados con papel de la
 „misma clase. El consuelo y grande lenitivo
 „á sus penas, pintábanse en todos los semblan-
 „tes de aquellos infelices! Después de haberles
 „dirigido el suscrito una breve plática alusiva á
 „*la gran festividad nacional*, celebró el Santo
 „Sacrificio, y les dió la Sagrada Comunión.
 „Terminada la Misa, dió gracias con ellos.

„Al medio día se dispuso por la Conferencia
 „de Nuestra Señora de Guadalupe, establecida
 „en esta Parroquia, un banquete á los presos;
 „á cuyo fin se dispusieron mesas cubiertas con
 „manteles en todos los corredores del patio de
 „la Cárcel, y se colocaron todos los presos con
 „el mayor orden. Se les sirvió abundante y
 „bien confeccionada comida, fruta y dulce.

„El mismo alcaide D. Jesús Guevara procu-
 „ró que el desayuno fuese extraordinario, dán-
 „doles pan y leche.

„Era digno de verse aquella agregación de
 „delincuentes, como unos corderos, en el más

„perfecto orden y guardando silencio completo
 „á la hora de comer, mientras se les leía la re-
 „lación de las Apariciones de Nuestra Señora
 „de Guadalupe y algunas pruebas de su vera-
 „cidad. La mesa fué servida por los Sres.
 „Pbros. D. Jerónimo Ramiro, Fr. Cayetano de
 „la Purísima Concepción, el suscrito Párroco
 „y por algunos Señores, miembros de la Confe-
 „rencia.

„Las puertas de la prisión estaban abiertas
 „de par en par, de manera que desde la calle
 „se podía ver perfectamente lo que adentro pa-
 „saba. Sólo dos guardias custodiaban la en-
 „trada; y sin embargo no se advirtió el más li-
 „jero desorden, ni siquiera la más leve inteli-
 „gencia entre los mismos presos, que indicara
 „intención de fuga. Terminada la, comida se
 „dieron gracias á Dios, y habiendo salido los
 „que servimos, volvieron á echarse los ce-
 „rrojos.

„La misma Conferencia dió abundantes ra-
 „ciones extraordinarias á las diez y ocho fa-
 „milias que protege.

También los presos de Xichú Victoria fue-
 ron obsequiados con un banquete por algunos
 caritativos fieles; los de San Pedro Tolimán re-
 cibieron pan y dinero, y doce mendigos de esa
 misma Ciudad se sentaron á la mesa en la ca-
 sa de su digno Cura, el Sr. Pbro. D. Luis G. Vi-
 llaseñor.